

EL carácter de un niño está ya en su plenitud en el seno de la madre. Antes de que yo naciera, mi madre sufría una gran crisis espiritual; su situación era trágica. No podía tomar ningún alimento, excepto ostras y champaña helados. Si se me preguntara cuándo empecé a bailar, contestaría: «En el seno de mi madre, probablemente por efecto de las ostras y del champaña, el alimento de Afrodita.»

Mi madre estaba en aquellos tiempos soportando una experiencia tan trágica, que solía decir con frecuencia: «Este niño que va a nacer no será normal,» y esperaba a un monstruo. Y, de hecho, desde el momento de mi natalicio, parece que empecé a agitar brazos y piernas con tal frenesí, que mi madre exclamó: «Ya veies que tenía razón: esta niña es maniática.» Pero más tarde, colocada con mis andadores en el centro de la mesa, era el divertimento de toda la familia y de los amigos y quería bailar todas las músicas que se tocaban.

Mi primera memoria es de un incendio. Recuerdo que fui lanzada a los brazos de un *policeman* desde lo alto de una ventana. Debía de tener entonces dos o tres años, pero recuerdo distintamente la sensación de seguridad que, en medio de toda aquella excitación—gritos y llamas—, tuve al rodear con mis bracitos el cuello del *policeman*. Debía de ser un irlandés. Oigo aún gritar a mi madre con frenesí: «¡Hijos míos, hijos míos!», y la veo contenida por la multitud, que la impedía penetrar en la casa, donde creía ella que quedaban mis dos hermanos. Después recuerdo que encontramos a los dos muchachos sentados en el suelo de una tienda, poniéndose sus calcetines y zapatos. Recuerdo también que subimos a un carruaje y que, finalmente, nos sentamos en un sitio a tomar chocolate hirviendo.

Nací a la orilla del mar, y he advertido que todos los grandes acontecimientos de mi vida han ocurrido junto al mar. Mi primera idea del movimiento y de la danza me ha venido seguramente del ritmo de las olas. Nací bajo la estrella de Afrodita—Afrodita, que nació también del mar. Cuando su estrella está en ascensión, me sucede siempre algo agradable. En estos períodos, la vida se me hace más ligera, y me siento capaz de crear. He comprobado que la desaparición de la estrella de Venus va unida a sucesos que me son desagradables. La ciencia astrológica no tiene hoy quizá la importancia que tuvo en tiempos de los antiguos egipcios y caldeos; pero no hay duda que nuestra vida psíquica está bajo la influencia de los planetas, y si los padres lo comprendieran así, estudiarían la rotación de las estrellas para crear hijos más hermosos.

Creo también que existe una gran diferencia en la vida de un niño, según

Isadora Duncan y la pedagogía de la libertad

=De *Mi vida*. Edit. CENIT. Madrid. 1929=



Cuatro actitudes de Isadora Duncan

Arriba: croquis de Boundelle.

Abajo: croquis de José Clara.

nazca junto al mar o en las montañas. El mar siempre me ha atraído, en tanto que las montañas me infunden un sentimiento de malestar y un deseo de huir: me dan la sensación de que soy prisionera de la tierra. Cuando dirijo mi vista a las cimas, no siento la admiración del turista corriente, sino que deseo brincar sobre ellas y escapar. Mi vida y mi arte nacieron del mar.

Tengo que estar agradecida al hecho de que, siendo yo joven, fuera pobre mi madre. No podía tener sirvientes ni ayas para sus hijos, y a esto debo la vida espontánea que pude expresar siendo niña y que no he perdido nunca. Mi madre enseñaba música para ganarse la vida, y como daba sus lecciones a domicilio, estaba fuera de casa todo el día y muchas horas de la noche. Cuando podía escaparme de la prisión de la escuela, era libre; podía vagar sola, a la orilla del mar, y seguir mi fantasía. ¡Qué lástima me dan los niños seguidos constantemente por sus ayas, constantemente protegidos, cuidados y vestidos con elegancia! ¿Qué vida es la suya? Mi madre estaba muy atareada para pensar en los peligros que pudieran sobrevenir a sus hijos, y por eso mis dos hermanos y yo podíamos libremente seguir nuestros impulsos vagabundos. Por fortuna, mi madre era deliciosamente descuidada. Digo «por fortuna» porque a esta vida salvaje y sin obstáculos de mi niñez debo la inspiración de la danza que he creado y que no es sino la expresión de la libertad. Nunca estuve sujeta a esos con-

tinuos «niña, no hay que hacer esto ni lo otro», que hacen miserable la vida de la infancia.

A la edad de cinco años fui a la escuela pública. Me parece que mi madre prevaricó sobre mi edad. Era necesario encontrar un sitio donde dejarme. Creo que lo que uno está llamado a hacer en su vida es claramente expresado en la infancia. Yo era ya una bailarina y una revolucionaria. Mi madre, que había sido bautizada y educada por una familia católica irlandesa, fue una católica devota hasta el momento en que descubrió que mi padre no era el modelo de perfección que ella había creído siempre. Se divorció y abandonó el hogar con sus cuatro hijos, cara a la vida. Desde entonces su fe en la religión católica se convirtió violentamente en un ateísmo definido. Y se hizo adepta de Bob Ingersholl, cuyos libros solía leerlos.

Entre otras cosas decidió que todo sentimentalismo carece de sentido, y siendo yo una niña todavía, nos reveló el secreto de los Reyes Magos. El resultado fue que, cuando, por Pascuas, estaba la maestra repartiéndonos bombones y pasteles, con la frase: «Mirad, niñas, lo que os han traído los Reyes», yo me levanté y exclamé solemnemente: «No le creo a usted. Los Reyes no existen.» La maestra quedó

muy descontenta, y dijo: «Los bombones son únicamente para las niñas que creen en los Reyes.» «Entonces—contesté yo—no quiero sus bombones.» La maestra montó torpemente en cólera y, para hacer un ejemplo conmigo, me ordenó que me acercara y me sentara en el suelo. Me acerqué y, volviéndome a la clase, pronuncié el primero de mis famosos discursos. «Yo no creo mentiras,» grité. «Mi madre me ha dicho que era muy pobre para fingir la historia de los Reyes; únicamente las madres ricas pueden aspirar a ser Reyes Magos y hacer regalos a sus hijos.»

En esto, la profesora me cogió por un brazo y quiso obligarme a sentarme en el suelo. Entonces yo encogí mis piernas y me agarré con tal fuerza a la profesora que no pudo conseguir otra cosa que golpear con mis talones el entarimado. Después de este fracaso, me envió a un rincón, para que quedara allí mirando a la pared. Así lo hice, pero, de vez en cuando, volvía la cabeza y exclamaba: «No son los Reyes; no son los Reyes», hasta que, finalmente, se vió obligada a enviarme a casa. Por el camino, yo no dejaba de gritar: «No son los Reyes», y nunca he podido comprender la injusticia con que había sido tratada, privada de bombones y castigada por decir la verdad. Cuando conté luego el caso a mi madre, diciéndole: «¿No tenía yo razón? ¿No es verdad que no existen los Reyes?», ella contestó: «No hay Reyes magos; no hay Dios; no hay nada más que tu propio